

DOVELAS – 63 (abril, 2018)



TEXTO:

UN PASAJE ENTRE OLIVOS

- No nos extrañó que viniera a nosotros hasta tres veces, y aún me preguntó cómo pudimos volver a dormirnos...

Era Juan el que hablaba al abatido grupo de discípulos aquella tarde interminable de sábado. Contaba con vergüenza lo ocurrido la noche del huerto, mientras el Maestro oraba a un tiro de piedra de donde ellos se habían quedado.

Todos conocían su costumbre de buscar la compañía de los suyos, excepto cuando se marchaba solo a orar: había en él una atracción irresistible de contar con ellos como amigos y confidentes. Al principio creyeron merecerlo: al fin y al cabo lo habían dejado todo para seguirle y se sentían orgullosos de haber dado aquel paso; les parecía natural que el Maestro tomara partido por ellos, como cuando los acusaron de coger espigas en sábado y él los defendió; o cuando remaban angustiados con viento contrario mientras él oraba en el monte y vino a ellos andando sobre el agua; o cuando volvieron exhaustos de recorrer las aldeas y se los llevó a un lugar solitario para que descansaran.



Pero muy pronto las cosas que él decía y las conductas insólitas que esperaba de ellos empezaron a resultarles ajenas a su manera de pensar y de sentir, a sus deseos, ambiciones y discordias, y una distancia en apariencia insalvable se iba creando entre ellos y el Maestro. A veces lo sentían como un extraño que venía de un país lejano y se dirigía a ellos en un lenguaje incomprensible.

Ninguno de ellos se sentía capaz de salvar aquella distancia, pero Jesús encontraba siempre la manera de hacerlo. El día en que admiró la fe de los que

abrieron el tejado y consiguieron poner junto a Jesús la camilla de su amigo paralítico, Juan comentó después a los otros:

- Si eso es la fe, pienso que también Jesús tiene fe en nosotros: fijaos cómo está siempre removiendo obstáculos con tal de no estar separado de nosotros, como si necesitara nuestra presencia y nuestra compañía.

Eso fue lo que ocurrió aquella noche de luna llena en el huerto: antes de alejarse para orar solo, les habló de la tristeza que le oprimía como un cerco de muerte, pero ellos en la cena habían bebido más vino del acostumbrado y el sueño les vencía. Le vieron alejarse y volver al cabo de no mucho tiempo, y así hasta tres veces. Pero ellos dormían y solo aquel pasaje entre los olivos pudo ser testigo de su fe: la que le llevaba a postrarse en tierra hasta que su cuerpo derribado expresara ante el Padre su confiada sumisión, y la que le conducía luego hacia sus amigos, como si los necesitara hasta para seguir respirando.

No supieron comprender del todo lo que estaba pasando, pero intuyeron de manera oscura que, lo mismo que su abandono en el Padre le había dado fuerza para afrontar su hora, aquel extraño amor que sentía por ellos había sido más fuerte que su decepción por no haber encontrado refugio a su lado.



Y fue quizá esa seguridad la que les hizo ponerse en pie cuando él les ordenó levantarse.

El sendero entre olivos que había recorrido una y otra vez el Maestro estaba ya iluminado por el resplandor de las antorchas.

CUESTIONES:

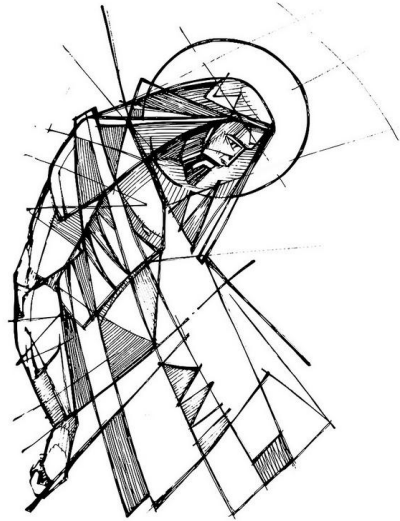
Esta historia es mi historia. Las narraciones evangélicas sobre Getsemaní me recuerdan algo esencial de la existencia creyente: Jesús va y viene del Padre a sus discípulos, pasa una y otra vez de la oración a la relación con los suyos, y me invita a poner mis pies en sus mismas huellas. Es como si le escuchara decirme: “No separes nunca a Dios de tus hermanos...”.

Compartiendo nuestra fe. Existe una identificación entre cómo nos relacionamos con los demás y cómo lo hacemos con Dios, y la única forma de “evaluar” nuestra fe en él es examinar cómo va la que tenemos en los demás. Podemos dialogar sobre nuestra capacidad o dificultad para confiar en otros y sobre las situaciones en que vivimos rupturas en esa confianza.

BUENA NUEVA:

Mc 14, 32-42:

Luego fueron a un lugar llamado Getsemaní. Jesús dijo a sus discípulos: –Sentaos aquí mientras yo voy a orar. Se llevó a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentirse muy afligido y angustiado. Les dijo: –Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quedaos aquí y permaneced despiertos. Adelantándose unos pasos, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y pidió a Dios que, a ser posible, no le llegara aquel momento de dolor. En su oración decía: –Padre mío, para ti todo es posible: líbrame de esta copa amarga, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Luego volvió a donde ellos estaban y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: –Simón, ¿estás durmiendo? ¿Ni una hora siquiera has podido permanecer despierto? Permaneced despiertos y orad para no caer en tentación. Vosotros tenéis buena voluntad, pero vuestro cuerpo es débil. Se fue otra vez, y oró repitiendo las mismas palabras. Cuando volvió, encontró de nuevo dormidos a los discípulos, porque los ojos se les cerraban de sueño. Y no sabían qué contestarle. Volvió por tercera vez y les dijo: –¿Seguís durmiendo y descansando? ¡Basta ya! Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos: ya se acerca el que me traiciona.



ORACIÓN: DESDE LA FRAGILIDAD

Señor, tú has sido un refugio para los seres humanos
de generación en generación.
Desde antes de que surgiesen los montes,
antes de que naciesen tierra y cielo
tú estabas ahí, Señor

Nuestra vida pasa rápido
Mi años ante tus ojos
son un ayer que pasó,
un suspiro en la noche.

Tú ves nuestros secretos,
tú desnudas nuestras pequeñeces.
Vivimos vidas largas, y en ellas
hay mucho de vacío y vanidad,
hay tantas cosas que se desvanecen
y pasan rápido.



Enséñanos a vivir desde lo profundo,
que lo verdaderamente importante
llene nuestra cabeza y nuestro corazón
Ilumínanos, Señor, enseña a tus hijos.

Sácianos con tu amor cada día
y entonces gozaremos y cantaremos de por vida.
Llénanos de sentido si alguna vez nos ha faltado,
dános paz cuando la hayamos perdido.
Que sepamos descubrir tu acción y tu esplendor.
Haz que de nuestra vida surjan obras dignas.

Señor, tú has sido un refugio para los seres humanos
de generación en generación.

(Adaptación Salmo 90)